





AROELECTRICA, S. A.
SERVICIOS ELECTRICOS
Cable: "AROELECTRICA"

AROELECTRICA, S. A.
SERVICIOS ELECTRICOS
Cable: "AROELECTRICA"

AROELECTRICA, S. A.
SERVICIOS ELECTRICOS
Cable: "AROELECTRICA"

Avenida Cuba, No. 10
Tel. 2156
Apartado 143
Panamá, R. P.

Avenida Cuba, No. 10
Tel. 2156
Apartado 143
Panamá, R. P.

Avenida Cuba, No. 10
Tel. 2156
Apartado 143
Panamá, R. P.

Avenida Cuba, No. 10
Tel. 2156
Apartado 143
Panamá, R. P.

**Avenida
Justo Arosemena
y Calle 12
Tel. 1088-L
Colón, R. P.**

**Avenida
Justo Arosemena
y Calle 12
Tel. 1088-L
Colón, R. P.**

**Avenida
Justo Arosemena
y Calle 12
Tel. 1088-L
Colón, R. P.**

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación Mensual Dirigida por Rogelio Sinán

Año II — Febrero de 1947 — Número 14

JOSE MARIA NUÑEZ Q.

CUENTOS CRIOLLOS

•

Dibujos del Autor

Nota de

Ernesto J. Castillero R.

•

BIBLIOTECA SELECTA

PANAMA

1 9 4 7

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Oficinas: Avenida Ancón 73

Apartado postal: 3181

Teléfono: 1436_L

Panamá, R. de Panamá

¡Muchas Gracias!

Agradecemos a los señores suscriptores la franca y decidida cooperación que nos brindaron durante todo el año de 1946 y les participamos que los números correspondientes a los meses de Enero y Febrero del presente año les serán remitidos próximamente.

Reciban así mismo nuestro agradecimiento las personas que ya nos han enviado su cuota de abono para el año de 1947.

Los lectores que deseen cooperar con nuestra empresa de difusión cultural pueden enviar (en cheque o giro postal) la suma de B/. 1.50 que les dará derecho a recibir las doce entregas de la serie correspondiente al año de 1947.

Suscríbese a la
BIBLIOTECA SELECTA

JOSE MARIA NUÑEZ Q.

Nació el Dr. José Ma. Núñez Q. en la población de Ocú, Provincia de Herrera, el 6 de enero de 1894, del matrimonio del General José María Núñez Roca, natural de Colombia, y doña Antonia Quintero, de la sociedad ocueña. El hogar Núñez Quintero ha sido la célula genitora de una pléyade de conocidos profesionales de nuestra República, varones relevantes por sus virtudes y su honorabilidad.



El Dr. José María, el primogénito, hizo sus estudios primarios en Ocú, bajo la dirección de ese apóstol forjador de un conglomerado de distinguidos educadores y profesionales ocueños, de inolvidable memoria: el Maestro José Dolores Carrizo, cuyo nombre lleva hoy la Escuela de Ocú. La educación secundaria la recibió en el antiguo Colegio Universitario que rectoró en Panamá por algún tiempo el educador cartagenero Doctor Antonio José Irisarri, y la universitaria en Bogotá y Cartagena de Indias, Colombia, donde se graduó de Doctor en Medicina y Cirujía en 1919. Inmediatamente entró al servicio del Hospital de la Compañía Frutera en la misma Colombia, hasta 1923. En 1924 el Gobierno de Panamá lo nombró Director del Hospital de Chitré, cargo que sirvió durante siete años.

En 1931 fue trasladado a la Capital como médico del Hospital Santo Tomás, ascendiendo más tarde a Jefe de Clínica, y, últimamente, a Jefe del Departamento de Medicina de la misma institución de salud del Estado.

Pertenece a las Asociaciones Médicas de la República de Panamá y de la Zona del Canal.

Nuestro número anterior

Cuentos de Guatemala

Profusamente ilustrados con dibujos mayas

Selección y Nota Preliminar

por

ALFONSO ORANTES

Solicítelo en los puestos de venta

NOTA PRELIMINAR

La personalidad del Dr. José María Núñez Q., es múltiple. El, como su padre el General José María Núñez Roca, de grata recordación para sus amigos y de sagrada memoria para el pueblo de Ocú, cuna del distinguido galeno—y cuna, asimismo, de una pléyade de discípulos de Esculapio que son prez y orgullo de aquella sociedad—ha sido dotado por la naturaleza de variadas prendas intelectuales que son justificación de la simpatía de sus numerosos admiradores. El Dr. Núñez es actualmente Jefe del Departamento de Medicina General en el Hospital Santo Tomás, una de las más honrosas y prestigiadas posiciones a que puede aspirar un profesional de la abnegación de que él es ejemplo.

Pero rango tan relevante no le fue conferido sino después de una etapa prolongada de ejercicio paciente y laborioso en el campo humanitario de la ciencia médica, donde el estudio concentrado fue la antorcha que alumbró su altruística carrera, llena de brillo para su nombre y de beneficios universalmente reconocidos para la humanidad doliente de su patria. Así se formó,

poco a poco, el gran prestigio de que goza hoy como clínico y como científico. Comprobación de esto último son los varios estudios de que es autor el Dr. Núñez, acogidos en las páginas de conocidas y reputadas Revistas de Ciencias.

Pero en el Dr. Núñez no sólo hay el hombre de ciencia y estudio que todos en su patria conocen. Hay en él, igualmente, el artista cuya paleta ha producido ejemplares de bellos cuadros costumbristas que su modestia ha ocultado a la apreciación de los críticos. Y concurre, para completar el trinomio de sus facultades intelectuales, el literato --no menos reservado-- que ha sabido interpretar en sus cuentos la esencia poética de nuestro folklore nacional. Periódicos y revistas han publicado a veces esas piezas literarias, aunque en ellas su nombre ha estado por lo regular oculto bajo un caprichoso pseudónimo.

Con afortunado acierto el Dr. Núñez nos presenta en sus cuentos --que el poeta Sinán nos ha encomendado recoger para este número de SELECTA-- retratos vívidos de nuestros campesinos y pasajes realistas de la vida bucólica, pletórica de ingenuidad y nobleza, que caracteriza a los habitantes rurales de Ocu. escenario preferido para sus narraciones admirables. Nadie diría, ante la naturalidad de sus descripciones de tipos y paisajes, que la habilidad del literato ha usado de recursos extraordinarios para dramatizar las escenas, que son el arte de sus relatos ingeniosos.

E. J. CASTILLERO R.



UN HOMBRE

Fiesta de Santa Rosa. Noche serena. En la plaza brillan los fogones de las cafeterías y las guarichas humeantes. Gentío abigarrado. Pantalones cortos, amplias polleras, cotones de bayeta, sombreros blancos. En la plaza, en las tiendas, mejoranas y cumbias, cantos y salomas. De pronto, un alboroto, una pelea. La gente que se arremolina, los curiosos que corren, los cantos que cesan y una voz que grita:

—“Yo soy hombre”!

Mi compañero sonríe.

—“¡Hombre!”—dice. “¡Hombres!” Porque lo dijo la partera. Todos, cuando se les sube el seco, se creen hombres! Y me río yo de ellos. Hombres llamo yo, no a esos meterruidos y bocones, sino a los que se prueban en todo tiempo, con aguardiente y sin aguardiente, en el trabajo, en las peleas, en las dificultades, hasta en el momento mismo de la muerte!...

Toma un sorbo de café. Se desabotona la estrecha manga de su camisa de coleta, alza el ala del sombrero y prosigue:

--“Cada vez que oigo esas bravuconadas me viene por contraste el recuerdo de Chando.... De Chando de León. Yo no sé si usted se acordará de él. Era un mozo alto, cenceño, blanco. Con las mujeres tenía una labia que las derretía. Nadie cantaba como él ni componía décimas más graciosas. Nadie le sacaba mejor un lance al toro, ni montaba un novillo mejor que él. Desyerbando caña no había quien se le apareara, ni con el hacha le podía ninguno en las derribas. Yo, cuando lo conocí, no creía que era lo que era, porque tenía siempre en los labios una sonrisa y, como era lampiño, parecía una niña. ¡Pero era todo un hombre! Como amigo, tenía el corazón en la mano. Como enemigo, había que temerle. No buscaba peleas, pero no les sacaba el cuerpo. Muchas tuvo, y de dos sé yo que se llevó por delante, defendiéndose de una gavilla que le hicieron. A uno se lo quitó de encima de una patada en el vientre. Al otro le puso la *peinilla* en la cabeza, y no se levantó más. Otros dos salieron heridos. Los demás se corrieron.

Pero, en fin, se diría que cuando a uno lo aco-rralan, el miedo mismo le puede hacer ejecutar maravillas... Cuando yo tuve idea de la clase de hombre que era Chando, fue cuando estuvimos en el Suay, él de mayoral y yo con los mozos de don Lisandro.

Hacía días que en la hacienda venía causando daño el gato...El tigre, diré. Ya se había cazado varios terneros y cada vez estaba más atrevido. No teníamos escopeta, ni los perros servían, y las postas envenenadas que le poníamos no las tocaba el condenado. Parece que como tenía carne fresca fácil, no le provocaban. Para evitar el estrago, mientras venían

los chopos que habíamos solicitado al blanco, resolvimos encerrar el ganado todas las tardes en un corral grande que queda junto al rancho.

El primer día no pasó nada pero al siguiente, cuando estábamos cenando, después del encierre, comenzaron los perros a latir y sentimos el ganado inquieto y trajinando mucho. De pronto rompió el corral de una barajustada, con un ruido que daba espanto y un tropel que parecía que se viniéran abajo las trojas del otro mundo. A poco sentimos el bramido de una vaca: un bramido como el que dan cuando se les pone el fierro. Todos estábamos como suspensos, cuando dijo Chando:

—Muchachos: ese es el gato que ha cogido una res. Vamos a quitársela!

—¡Quitársela!—dije yo—. Por mí que se la coma....

Los otros también debieron pensar lo mismo porque se quedaron remolones.

—Vengan—dijo Chando—y no sean p.! Ahora mismito verán quién puede más!

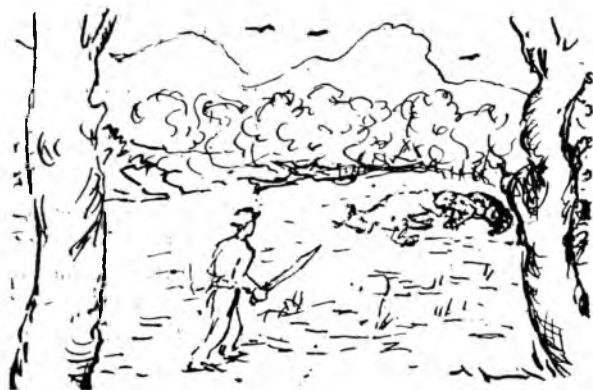
Y cogiendo la puya y una manta, se echó afuera. A nosotros nos dió vergüenza y nos fuimos detrás. Más allá del corral, en un pelado que queda como a unas cien brazas, vimos al gato—¡y qué señor gato!—que había mancornado la vaca y le estaba comiendo el pecho.

Nosotros nos encaramamos en la cerca, sin resolvernos a traspasarla. Todos estábamos en silencio y sentíamos un calofrío que nos molestaba en la nuca.

Chando se bajó del otro lado y caminó resueltamente hacia el animal. El tigre, que estaba entreteni-

do con la presa, levantó de pronto la' cabezota, se lamió el hocico manchado de sangre, fijó en Chando sus ojos ardientes.... Se recogió luego sobre sí mismo, batió la cola y dejó escapar un rugido. Chando siguió sin titubear hasta llegar a unas varas de distancia. El tigre rugió de nuevo, pegó las orejas contra la cabeza, el pecho al suelo y parecía pronto a saltarle encima. Chando estaba también en actitud de combate, la manta arrollada al brazo, el collins levantado, los nervios en tensión y miraba al tigre con la misma fijeza con que el tigre lo miraba a él.

A nosotros los momentos nos parecían siglos. Y ni el tigre, ni Chando se movían. De pronto, vibró la voz del hombre, alta, serena, amenazadora:



—¡Qué hubo! ¡Viene usted, o voy yo!

El tigre pareció sorprendido: vaciló primero; re-

trocedió un poco después. Entonces Chando, con la misma voz vibrante, cargada de amenaza, concluyó:

—¡Usted me tiene miedo! ¡Párese, que voy yo!
Y saltó hacia él.

¿Fué la voz? ¿El tono de las palabras? ¿Los ojos de Chando? ¿Su actitud decidida? Yo no sé. Lo cierto es que el tigre, al verle avanzar, huyó desparado, desapareciendo entre los breñales...

.....

—¿Qué se hizo Chando? — pregunté yo.

—El pobrecito se murió. Para Reyes va a hacer tres años. Yo estuve a verlo y daba lástima. Ya terminando, lloraba la madre al ver que se le iba; y él, recogiendo el aliento que le quedaba, le dijo con aquella engañadora sonrisa suya:

—“¡No llore, mama, que me ablanda! ¡Réceme nada más!

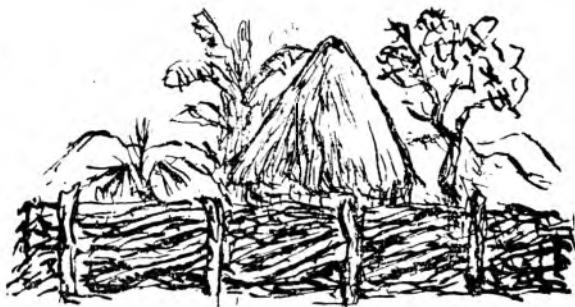
¡Ese sí que era un hombre!”

Mi compañero termina el café; se abotona la manga estrecha de su camisa de coleta; baja el ala del sombrero y se levanta. Tiene los ojos húmedos y se vuelve de espaldas.*

Las candilejas humean; los fogones brillan. Las mejoranas y salomas pueblan de alegría primitiva la noche serena de la fiesta de Santa Rosa.



...Corrió a levantar el cuerpo inanimado...



EL GATO

Se hacía insoportable a Antonio la permanencia en el caserío desde que Dolores, su mujer, pasó a mejor vida.

Era como él decía: “Pa olvidarla tendría que dirse pa la montaña, jondo, onde naide le hablara ni las cosas le trujeran tan a lo vivo el recuerdo de la compañera perdía. ¡Sí! Se llevaría consigo a la Pilara, su hija de diez años, que se parecía a la difunta. La otra más chica y la que había dejao de pecho la Dolores, se quedarían con la agüela que tenía tanto amaño pa lidiar muchachos”.

Y a la montaña se fué Antonio con Pilara, a esconder en la soledad su duelo y a amortiguar en las rudas faenas de la labranza la punzante memoria de su infelicidad.

Estableció su trabajadero al borde de la selva vir-

en, en la falda de un cerro a cuyo pie salta bulliciosa entre peñas y cascajales una quebrada. Abrió una brecha en el bosque centenario; practicó la quebrada, y a su tiempo, depositó la simiente en el suelo fértil. Y ahora, corridos algunos meses, contemplaba a los últimos rayos del sol, y desde la más lejana linde del sembrado, el arrozal maduro, las mazorcas amarillas prendidas aún a las axilas de las cañas secas del maíz, el campo de otes como una oscura esmeralda, y allá, abajo, el platanal por entre cuyas anchas hojas asomaba el rancho.

Trabajos y sudores le costaba aquello. No sólo había sido duro el desmonte y la deshierba, sino que, para defender el plantío de zainos y venados, se había visto en la necesidad de cercarlo con leña. Ahora tenía que espantar los torditos y changos y tirar hondazos a los monos y ardillas, que cayendo en bandadas, sobre el arroz los primeros, y en el maíz, los segundos, cobraban los diezmos de la cosecha con intereses y todo. ¡Ah!, si él tuviera una escopeta con que fusilar a aquellos foragidos cubiertos de pluma negra o de leonada piel!... Pero la compraría, y el año entrante ya sería otra cosa. Con lo que recolectara tendría suficiente comida para el año, y el sobrante lo destinaría a mercar la escopeta y a sacarle la ropita a la Pilara que estaba en los puros hilachos. Y su pensamiento se detuvo en la niña. ¡Qué buena era Pilara! Una mujercita de su casa: barría, pilaba, molía la tortilla, cocinaba, fregaba los trastes, todo con aquella buena disposición y aquel...mesmamente como la dijunta. Y eso que estaba descoloría y piponcita. Ño Cleto el curandero, le había dicho que eran lombrices,

y tendría que conseguirle yerba-santa o comprarle un vermifugo en el pueblo. Pilara... La pobrecita se quedaba todo el día en el rancho con solo el micho y las gallinas, porque lo que era Pañuelo, el perro, no le perdía patá a él. Y bastante que le servía Pañuelo pa espantar a los monos. Y luego, era un amigo; mejor que mucha gente.

—Pilara, —se acordaba ahora que le había preguntado a su hija—, ¿usted no tiene miedo de quedarse solita?

—No, tata, no tengo miedo, le había contestado ella.

—¿Y si le sale el *Gato*?, le había dicho él por juego.

Y el pensamiento del campesino saltó de Pilara al *Gato*. En el verano, cuando comenzó el trabajo y retumbaba en el monte el golpe de su hacha y el estrépito de los árboles que caían, y las noches eran estrelladas, nunca le oyó bramar. Pero de un par de meses atrás, cuando hacía oscura y había llovido en la tarde, le oía él hacia el otro lado de la quebrada. No hacía más de tres días que había descubierto en el barranco, junto al bajadero, huellas inconfundibles del felino. Por cierto que cuando Pañuelo las olfateó, se le erizaron los pelos y gruñó sordamente. Por eso le había dicho a Pilara que no fuera sola por agua. Ya traería él cada mañana las tulas llenas para que no bajara ella a la quebrada.

Se escondió el sol y sobre la montaña descendía la pesadumbre de la noche, solemne y silenciosa.

Bajó Antonio hacia su vivienda, la honda atada al cinto, al hombro el gancho de deshierba y en la mano el machete. Se abría paso por entre los apretados ma-

tojos de arroz que envolvían su busto en el remolino dorado de las espigas. Tras él iba Pañuelo, husmeando aquí, saltando sobre un tronco allá, quedándose un momento rezagado para perseguir una gallineta fugitiva y apresurándose luego a reunirse al amo.

“Mal vecino era el *Gato*, pensaba Antonio mientras caminaba. De hombre a hombre, no le tenía él miedo, ni se espeluznaba como Pañuelo. No podía ser más valiente ni peor encaraio que aquel Ambrosio Corrales que debía dos muertes y con quien había peleao, ahora para la Pascua hacía tres años. Y ño Ambrosio había tenido que declararse rendío y decirle bendito. Pero el tigre era traicionero: atacaba a mansalva y efectuaba sus correrías a la sombra. Más valía vivir prevenío”. Por tal razón había rodeado el rancho de una palizada de estacas puntiagudas, y por eso mismo dormían él y Pilara en el jorón y subían al acostarse la escalera de guarumo.

Llegaban ya. Escaló el hombre las traviesas que, apoyadas en horquetas de cada lado, permitían salvar la cerca. Escurrióse el perro por una abertura. Las gallinas se habían echado y una que otra disputaba a picotazos un buen puesto en las ramas del guácimo que les servía de dormitorio. Junto al fogón humeante, el micho filosofaba, considerando las vanidades del mundo a través de sus ojos entornados. En el rancho no había nadie.

—Pilara!, llamó Antonio.

—¿Qué se habrá jecho? Y su mirada se detuvo en el sitio donde solía poner las calabazas del agua. Y las calabazas no estaban allí.

—¿Si se habrá ido Pilara a la quebrada por agua,

a pesar de su advertencia?

—Tata, yo no tengo mico, se acordaba que le había dicho. Y recordó simultáneamente la ancha huella pintada en el barranco que descubrió tres días atrás, y el espeluzno de Pañuelo, y corrió sobresaltado al sitio donde suponía a la niña. El perro le siguió.

El sendero, tortuoso, baja entre pajonales, espinos y carricillos y forma al final un recodo que termina de modo brusco en un lajero donde la corriente se quiebra para caer alborotada en el remanso que sombrean coposos harinos y fragantes canelos.

Y fue al llegar a aquel recodo y sobre este lajero donde los ojos espantados del padre vieron las tulas rotas, su Pilara caída y ensangrentada y junto a ella, como un enorme ovillo de seda oscura, con manchas amarillas festoneadas de negro, el tigre que empujaba el cuerpecito de un lado a otro con delicados golpes de zarpa, con la juguetona malignidad con que martiriza el gato al infeliz ratón en que ha hecho presa.

Rugió Antonio de dolor; ladró Pañuelo, y la fiera desprevenida púsose en guardia.

Lo que sucedió luego, fué corto. El perro se precipita sobre el tigre para caer despanzurrado y aullante; el hombre que se aproxima de un salto, lanza el blanco sombrero a la cara del feroz enemigo, y aprovecha el centésimo de segundo que tarda éste en apartarlo de un manotazo, para descargar sobre la cabeza el afilado machete con toda la fuerza de su angustia, con todo el ímpetu de su desesperación. Y tras el primer golpe, otro, y luego otro, diez, cien, con

saña infinita, cortando, desmenuzando al asesino de su hija.

Terminada su venganza, corrió a levantar el cuerpo inanimado de Pilara. Lavó las heridas del rostro en el agua fresca del remanso y con ella en brazos, cegados los ojos por las lágrimas, subió casi entre la sombra hacia el rancho.

.....
—¿Murió Pilara?, pregunté a quien me hizo el relato.

—No, me contestó, Antonio llegó a tiempo. Las heridas eran profundas, pero no interesaron ningún órgano vital. Después, usted conoce la excelente carnadura de nuestros campesinos.

.....
Hace algunos años, en una de las numerosas fiestas que celebran en mi pueblo, estando en una tienda oí a un hombre que decía:

—¡Déjame, Pilara! ¡Déjame hija!

Me volví y vi a una mujer pálida, curtida del sol, que tenía varias cicatrices paralelas y largas en la cara. Luchaba ella por detener a un viejo campesino embriagado, que logró al fin desasirse y echándose el ala del sombrero atrás y al hombro el cotón de bafileta, gritó alzando el brazo armado de fuerte garrote:

—¡Yo soy Antonio González! ¡Yo soy el hombre!



LA CARTA

(Página del diario de un Maestro)

Hace dos semanas estoy en Calabazos, gracias a mi tío. Si en lugar de hacer campaña contra el partido que está en el poder la hubiera hecho en su favor, no estaría en Calabazos, sino en la Capital este servidor. (Si algo vale el haberse graduado con honores).

Y gracias también a mi querido amigo y Profesor... que a fuerza de oír mis quejas se empeñó con el Inspector General para que me nombraran.

El Señor Inspector por no oír más la muletilla de mi Profesor y descansar de él, lo dejó descansar de la mía: nombrándome. En Calabazos, eso sí. En el corazón de la montaña. Con igual voluntad con que pudo nombrarme en Coiba.

Por ser Domingo he aprovechado la mañana visitando a los padres de familia. Es decir: tres padres de familia, o tres casas, en cerca de un kilómetro. Ca-

sas humildes, de teja y quinchá, oscuras, bajas, con caballejos amarrados a los pilares del portal y perros flacos que reciben ladrando al visitante. En las casas: niños pálidos de vientre abultado, que se entran gritando: —Mama, ¡allí viene el mestro!... Luego salen los padres y con mucha ceremonia saludan y ofrecen un taburete de cuero, que la madre limpia con la falda de la pollera, “no sea que se ensucie”. Adentro un ajuar primitivo: y gallinas, palomas, gatos, cerdos, con los que conviven y tropiezan los habitantes. Asomándose al borde de la jamba de la puerta interior, la hija moza, que quiere ver “si el mestro es más güen-mozo que el diánte”. Hay falta de higiene, ignorancia, desaseo. No me pesa haber venido a Calabazos. Voy a hacer cuánto esté en mi mano por ayudar a esta pobre gente.

He comido con apetito voraz. Naturalmente, el menú no ha cambiado mucho. Ordinariamente es huevos, arroz y frijoles. Hoy ha sido arroz, frijoles y huevos. Pero la caminata me sirvió de aperitivo.

Estaba acostado contando las vigas del techo y observando los brochazos de luz que el sol filtra por entre las tejas, cuando sonaron unos porrazos en la puerta. Me levanté sobresaltado. Era un campesino. Salí a atenderlo.

—Buenas tardes, señol.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo servirle?

—¿Usted es el escuelero?

—Si, señor.

Dijo que venía a “merecerme un favor”. Quería escribirle una carta a una hija que se “le había dío pa

Panamá, hacía días ya, con un dianche de un prendero que se había apareció por allí y se la había engatusao el muy joeputa, perdonando la mala palabra”.

Contesté que sí, y me dispuse a escribir. La muchacha se llamaba Juanita. Juanita Sánchez. El era Sidoros Sánchez y era casado por la iglesia, de modo que la hija llevaba su apellido.

—Bueno: ya está. “Juanita Sánchez, Panamá. Mi querida hija:

—¿Qué quería decirle?

—Que se venga.

—¿Y qué más?

—Na. Que se venga. Que acá tos tamos güenos. Que la mama jué la que estuvo con una calenturera que casi se muere; que se venga.

—¿Y qué otra cosa?

—Dígale que se venga. Que el monte que estaba tumbando cuando ella se jué, ta jecho un arrozal que da gusto verlo; así es el espiguerío. Que se venga, que ya pronto tenemos arroz chango que tanto le gusta a ella. Que los maíces están cosechaos; que una hanega le vendí ya a ño Hilario. Que se venga pronto.

—¿Nada más?

—Sí, señol: que se venga. Que Nino, el de Crispín Vallejo, que estaba namorao de ella, por allí anda to tristón y descolorío. Que memorias le manda. Que no deje de venirse.

—Muy bien. ¿No tiene más nada que decirle?

—¡Como no, señol!; dígame que se venga. Que pa la quema nos jizo mucha falta. Que pa las pilaeras y la junta. Naide estaba contento porque faltaba ella.

Que se venga. Que dende que se jué naide tiene gusto en esta casa.

—¿Todavía algo más?

—Sí señol: póngale que se venga. Que se venga sin falta que su tata no encuentra un momento de descanso pa la pena de su usencia, ni jalla alegría sin ella, que es la niña de sus ojos. Que se venga, que la mama se está muriendo de pesar. La única hija, señol, y dirse así! Dígale allí que se venga; que aquí no tendrá medias, ni colorete; pero que la pobreza a naide afrenta, y a lo que jace a la color, con salú ellos salen a la cara. Que se venga, que aquí en su casa ella es dueña y señora y tiene quien la cuide y la quiera; y allá, sepa Dios aonde irá rodando y cuántos trabajos no pasará! Que no deje de venirse en primera portunidad. Que se venga, que en teniéndola a ella, los trabajos, las enfermedades y hasta la muerte si viene, no serán pesarosos ni tan cuesta arriba como se nos jace toíto en esta soledá en que nos ha dejao. Que por caridá de Dios que se venga, que con ella se nos jué la luz de los ojos y el aliento pa vivir. Que se venga, señol! Que no deje de venir. Que la vamos a estar esperando.

—Ya está todo. ¿Quiere decirle más todavía?

—Sí. ¡Que se venga!...



LOS MILAGROS DEL PADRE MEHAJORRA

Tienen fama los *monagrilleros* de bachilleres y ladinos, y escuchando esta sabrosa relación que me hizo uno de ellos y que yo traslado al papel para recreo de los lectores, pude persuadirme de cuánto es merecida esa fama y de cómo en el campesino de esa procedencia se conserva, junto con los caracteres raciales, el ingenio chispeante y zumbón de los viejos castellanos.

Los *areneros*, que siempre han tenido sorda rivalidad con los de Monagrillo y que no perdonan a los laboriosos vecinos de este caserío el haber invadido sus terrenos para convertirlos en sementeras y potreros florecientes, sintieron un día el alegre cosquilleo

de la vanidad satisfecha, cuando, a raíz de la guerra de los tres años, les envió el Señor Obispo un cura.

Sí señor: un cura para La Arena, con su correspondiente sacristán. El padre Menancio, tostado del sol, a pie, con una sotana ruinoso y maltrecho sombrero penonomeño, acababa de llegar, según explicaba él a las buenas gentes que le hospedaron y al alborotado cotarro local de beatas, con orden expresa de su Ilustrísima de levantar el entusiasmo de aquel abandonado corregimiento, para convertirle en una población que compitiese con la capital del Distrito; para fomentar el espíritu religioso tan relajado con la “terribilísima” calamidad que acababa de azotar al país... Y él, el Padre Menancio, venía decidido a hacer ésto y mucho más con la cooperación de los excelentes cristianos *areneros*.

Sin reposar siquiera la fatiga de la jornada, el bendito padre quiso visitar el centro de operaciones, es decir, la capilla, y acompañado del sacristán Esteban, de las viejas y los curiosos, se hizo conducir a ella. Caminaba con el rostro contrito, con las manos juntas y los ojos bajos. Abierta la puerta se descubrió, dejando a todos pasmados ante el descomunal aspecto de su tonsura, que ostentaba enorme y recién hecha como sello y patente de su dignidad.

El padre Menancio entró sereno, hizo genuflexiones a diestra y siniestra, se arrodilló ante el único altar y besó devotamente el suelo. Observó con cuidado las paredes, el techo, el piso, todo.

Elogió con discreción el aseo que se notaba, la belleza de las imágenes, las flores de papel de bizarro

colorido que en pomposos ramos sostenidos en botellas, servían de ornato al ara. Después, como Cristo a los mercaderes, echó sin piedad del santo lugar a una puerca impenitente que con su lechigada buscaba asilo en él. Por último, el Padre Menancio invitó para el rosario que aquella misma noche rezaría.

Cuando sonó la esquila anunciando el piadoso ejercicio, su tañido repercutió en el corazón de los *arenos* como un grito de independencia, como una voz de triunfo sobre sus rivales de Monagrillo. ¡Ya La Arena tenía Cura! ¡Sólo les faltaba tener Alcalde!

La capilla estaba repleta al llegar el Sr. Cura. Pasó majestuosamente entre la gente que se apartaba respetuosa, y de rodillas ante el vacío sagrario se santiguó, se dió golpes de pecho, rezó muchas oraciones en latín —¡si era un sabio aquel bendito Padre!— y comenzó luego la serie de padrenuestros y avemarías que contestaba con voz plena de orgullo la concurrencia, haciendo finalmente el ofertorio que las beatas escuchaban con cuidado para aprenderlo, y que algunas consiguieron retener:

*Sacratísima María,
Primo santo relicario,
Con infusión te ofrecemos
La rosca de este rosario”.....*

Y terminaba: “El que rece esta oración, saca enjalma el purgatorio”.

Armado enseguida de un incensario viejo, el Padre Menancio sahumó los inexpressivos rostros de los santos; echó muchas bendiciones, y vuelto de espaldas a sus feligreses cantó aleluyas, dominus vobiscums y versos litúrgicos como éste, copiado textualmente:

*"Caranganus que me picas el pescuezo meus.
Respeta que sumus sacerdotis deus.
Si te cojo te mato indefectiblemente, per dominus nos-
tris!"* . . .

A lo que el sacristán respondió: Aameén.

Para terminar, se dirigió a los fieles con estas palabras:

"Amados oyentes en nuestro Señor Jesucristo: Ustedes saben ya que el Sr. Obispo, o sea su Ilustrísima, me ha mandado a esta ciudad y no a Monagrillo, por lo buenos cristianos que son esta gente de aquí. Me ha recomendado para que les haga una catedral en vez de esta capilla, y para hacer muchas otras obras importantes. Pero el señor Obispo espera que Ustedes sepan corresponder a la deferencia de su Ilustrísima, primero que todo alimentando bien al bendito padre, dándole todos los días huevecitos y gallinas, porque el pobre padre que viene a hacerles tanto bien a ustedes, está enfermo y necesita recuperar sus energías. Además, es necesario que den sus realitos para que el bendito cura se vista; hay que contribuir para comprar misal, casuyas, cáliz, que permitan decir misa. Yo sé que en Monagrillo estarían dispuestos a dar todo esto con tal de tener cura; pero su Ilustrísima los ha preferido a ustedes. ¡Dad, dad a la Santa Madre Iglesia, que Dios paga el ciento por uno y así iréis a gozar de la Gloria y la bienaventuranza que a todos vosotros deseo! In nominis patris".

Y el sacristán contestó: Ameén.

—¡Qué Melitón, ni qué Melitón!, decían los areneros al salir del rosario. "¡Este sí predica güeno!"

Buena vida se dió el padre Menancio en los quin-

ce días que llevaba trabajando de firme en la viña del Señor. Ña Liboria, Ña Leocadia y Ña Petra, las tres matronas más beatas y conspicuas de La Arena, salían todas las mañanas a recoger un huevito, un pollito o un realito, para el bendito padre, que la gente se desvivía ya por camplacer. Y el bendito padre iba llenando las concavidades de su complexión huesuda con grasa firme y saludable, merced a aquel regalo, y los bolsillos de dinero, gracias a lo clásico de su latín, y a aquella fórmula con que terminaba todos los sermones: “Dad, dad a la Iglesia, que Dios paga el ciento por uno”.

¿Cuándo podrían tener en Monagrillo un cura como el bendito padre Menancio?

Pero, una mañana, (¡así pasan las alegrías y las glorias de la humanidad!); una mañana se presentó de visita en el caserío una señora inteligente y emprendedora, activa política y un si es o no es revolucionaria; una señora, en fin, que sin aspavientos ni asomos de vanidad era encarnación avanzada del feminismo militante panameño, la cual puesta en autos del favor con que el señor Obispo había agraciado a sus paisanos, tuvo la pícara curiosidad de conocer al señor Cura, y satisfecha ésta, llamó aparte a Ña Liboria, Ña Leocadia, y Ña Petra, y a tres o cuatro de los más salientes elementos masculinos, y, sin preámbulos, les desarrojó la estupefaciente declaración:

—Aquí no hay tal bendito padre Venancio, o Menancio, como dicen ustedes. Ese, ni es padre, ni es Menancio. Ese es Mechajorra en persona: un muchacho na ido en Chitré, trapacero y bandido que se echó a rodar mundo, y que no hace mucho salió del presi-

dio. El y el sacristán, los dos estaban en la Cárcel, quién sabe por qué delitos.

—¡Jesús! ¡Alabado sea el Santísimo!—invocaron las beatas.

—Si lo sabe el bendito Padre, la excomulga, dijo Ña Petra.

—¡Ay, Dios mío! ¡Que ruina va a traer usted sobre este pobre campo!,—añadió Ña Leocadia.

—Señor, perdónala y perdónanos por haber oído semejantes palabras, terminó Ña Liboria levantándose.

Los hombres se retiraron cabizbajos. Ellos no tenían la fe del carbonero.

Aquel mismo día, informados el Cura y las autoridades de Chitré por la dama a que hemos hecho referencia de lo que ocurría en La Arena, se dió orden de captura, y el bendito Padre Menancio, atado codo con codo, fué llevado a la prisión, dejando tras sí un río de llanto que vertieron por tan infausto suceso las ovejas de su redil de La Arena. En cuanto al sacristán, así que olió el tocino, no paró de correr hasta un lejano campo de Pesé donde todavía recuerda los progresos que hizo en la lengua de Horacio bajo la dirección del Padre Menancio.

Mechajorra explicó que habiendo dejado Las Bóvedas, flaco y enfermo, pensó con su compañero de celda regresar a la tierruca y que hicieron la larga jornada a pie. En uno de los pueblos por donde pasaron, el caritativo párroco, viéndolos mojados, ateridos por el frío y hambrientos, los alojó en su casa y les obsequió algunas prendas viejas de vestir, entre otras la raída sotana que le sugirió a Mechajorra la idea de

hacerse pasar por sacerdote y buscar un punto adecuado donde ejercer su ministerio.

Era de ver,—me decía el *monagrillero* que me contó el caso—, cuando estaba en la cárcel cómo venían los *areneros*, éste a pedirle el sombrero pintado fino, el otro, el pantalón negro de dominguear; quien la frañela, la camisa, hasta los calzoncillos, que con tanto gusto habían donado al bendito Padre Menancio.—Vea, Mechajorra, le decían, devuélvame esas cosas, hombre! Y Mechajorra se reía, y les respondía tranquilamente: —Yo no se las pedí. Además, como Dios da el ciento por uno....

Así, pues, La Arena tuvo un día en que se sintió ciudad: Tenía cura; promesa de catedral... ¡Sólo le faltaba el Alcalde! ¡Y lo nombrarían! ¡Vaya si lo nombrarían! ¡Con las influencias que en Panamá tenía el bendito Padre Menancio!...

Pero lo que no me dijo el *monagrillero* y yo he averiguado después, fue que un paisano suyo que es un lince para este género de negocios, le había comprado a Mechajorra, en los mejores días de su curato, el derecho a los diezmos y primicias!....



El camino es largo, pero la mañana está fresca.



¡ T A T A !

No Mundo era chupatero. Para qué negarlo. Lo destetaron con el tapón de la botella de seco y desde entonces mostró gustarle.

De muchacho no perdía oportunidad de darle un tentón a la “limeta” y en las juntas y velorios participaba de los “envites” hasta marearse. Pero no hizo su estreno oficial sino siendo ya mozo, para un Veinte de Enero en que lució por primera vez indumentaria distinguida: pantalón negro, camisilla de alforzas, pañuelo de seda al cuello y sombrero de pieza adornado con un clavel como una gota de sangre. Se reunió con otros jóvenes alegres; bailó cumbias; zapateó mejornas y se hartó de aguardite hasta perder la cabeza, hombrear y provocar una trifulca. Al día siguiente amaneció con los huesos adoloridos y las “patas en el

cepo, con un joyo de por medio”.

Desde aquel día, cuántas veces sucedió lo mismo? No hay cuenta. Era cosa sabida: fiesta en el Pueblo; va Ño Mundo; comienza a chupar; se alegra, baila, canta, enamora y siente la lengua suelta y el corazón ligero. Sigue chupando y el humor le cambia; se siente hombre; bravuquea; busca camorra; la encuentra; viene la ronda o el comisario y como no puede *juyir* a la *cárcele* va a dar y *al palo*, descalabrado del garrote o con un *rasguño* de cuchillo.

Ño Mundo se casa, y sigue el mismo. Tiene una hija y no se corrige. Enviuda y se juma como enantes. Los años le doblan la espalda y el cabello le blanquea como un canelo florecido y Ño Mundo sigue yendo a las fiestas, emborrachándose, dando y recibiendo palos y cuchilladas y durmiendo la mona en el cepo.

Digamos sinembargo que Ño Mundo es trabajador; que a fuerza de diario tesón tiene un buen pasar; que sólo bebe en fiestas y holgorios y que quiere a su hija, ahora la más garrida y mejor moza del caserío, con todo su corazón.

* * *

Este Veintiocho de Noviembre, que por más señas cae en Domingo, dizque lo van a celebrar en el pueblo como nunca. Va mucha gente y hasta aseguran que hay toros. Esto le han contado a Ño Mundo, y, cómo podría perderlo? Así es que mañanean con el fin de alcanzar misa.

Por el sendero rojo y húmedo caminan, él adelante, con la pipa en la boca, las piernas tostadas y musculosas al aire, el algodón de bayeta azul al hombro. Detrás, la hija, recogida la pollera hasta la rodilla, los

zapatos de pana bajo el brazo, el pañuelito de las prendas colgado de la muñeca. Es blanca la muchacha, ojinegra y de buen ver. Al caminar le danzan las trenzas en la espalda y le tiembla levemente el seno bajo los encajes de las arandelas.

El camino es largo, pero la mañana está fresca. Cerca del río oyen el repique de las campanas y los camarazos, y se apresuran. El río trae las aguas de color ocre. No Mundo se arrolla los pantalones hasta la raíz del muslo y lo vadea. Lo sigue la muchacha, que va levantando las rosadas faldas a medida que el agua sube. Hacia la mitad del vado, semeja el capullo de una flor fantástica que flotara en la corriente.

—Ta jondo, comenta el viejo.

—Na es que esté jondo ahora, responde la hija, sino que crezca y nos ataje.

A la entrada del Pueblo la moza se enjuga los pies y se pone los zapatos. Baja la falda. Se adorna la cabeza con las peinetas de balcón de perlas, las orejas con unos zarcillos enormes y el pecho con una cadena chata. Se echa sobre los hombros el pañolón de seda. Saca las trenzas de debajo. Sacude la cabeza gallardamente y en seguimiento de No Mundo se dirige a la Iglesia.

La misa es cantada, con acompañamiento de guitarra y violín. Huele a incienso, a curía, a ropa limpia y cuerpos sanos. El Sr. Cura dice un sermón que no entienden ellos. Habla mucho de Dios y de una tal Patria, que debe de ser alguna santa sin duda. Al salir No Mundo no lleva otra impresión que la de haber dado de limosna un medio, laboriosamente buscado en la chuspa, entre el eslabón, la yesca, el tabaco

y unas “pepas” de malagueto, buenas para el pasmo. La muchacha le ha rezado un credo y una salve a San Sebastián, que con el cuerpo enano atravesado de saetas y un brazo en alto, parecía mirarle intencionadamente desde su nicho del altar mayor.

Las horas siguientes se van en visitar conocidos, mirar la barrera, los toros ya encerrados; los jinetes que de dos en dos y a “paso picado”, recorren las calles en caballos fogosos, relucientes de cuido y de sudor.

En la tarde comienza a caer una lluvia menuda que hace recoger la gente bajo el amparo de los portales. Ahora Ño Mundo va de tienda en tienda y conforme a la costumbre tradicional, va la hija detrás. El viejo comienza a beber. La muchacha mira entre tanto las zarzas multicolores, los pañuelos policromos colgados de un aro de barril, las flores de gusanillo y de perlas artificiales que tiemblan sostenidas en horquillas al borde de una cesta. Le roban los ojos unos rollos de cintas rojas, azules, verdes, y unos pañolones con flores y pájaros bordados, y se arriesga a preguntar por el precio:

—Oiga, a cómo da la vara?

—Oiga, y esos pañolones a cómo són?

—Asño, y no los da en menos na?

Ño Mundo habla mucho y alto. La noche se va entrando. La hija se le acerca y le dice:

—Tata, no chupe más.

—Y pa qué jiso Dios la boca, hija? No jué pa chupar!

—Tata nos vamos. Vea que el tiempo estaba pa las cabeceras y el río nos va a atajar.

—No hija. No diga eso. No nos ataja na. Y

sigue bebiendo y zarandeando al interlocutor a quien pondera sus hazañas. Y el otro a todo le contesta moviendo la cabeza afirmativamente:

—Verdá es, mano!

En la noche, como ha escampado, la plaza se puebla de ventas, de “guarichas” humeantes y de fogones alrededor de los cuales hormiguea la gente. Aquí y allá guitarristas y cantores ponen la nota cálida y alegre, mientras en una tienda cercana se oye retemblar el piso bajo el zapateo rítmico de un *punto de socabón*.

Pasan las horas y los hombres “gritan” o “saloman”. De cuando en cuando se forman ruidosas trifulcas en que vuelan los palos de “huesitos”, y las interjecciones masculinas y relumbran siniestramente los cuchillos. Corren los ronderos con los sablës desnudos y entre forcejeos y vociferaciones llevan a los combatientes a la “*cárcele*”, al cepo. Luego se restablece la alegría; siguen las mejóranas, siguen las salomas y las libaciones.

A media noche Ño Mundo da traspiés y se siente más que hombre según dice él. La muchacha le ha estado poniendo atención a las décimas amorosas que un “cantaor” famoso le dedica; pero más que las décimas le gusta el cantaor: es alto, delgado, lampiño; tiene unos dientes blancos que muestra al sonreír y como que le agracia la sonrisa una cicatriz en el mentón. Sabe que además de un buen cantador es un valiente, y cuando lo mira se le agita el corazón. Interrumpe este asomo de romance Ño Mundo. El paciente interlocutor que hasta aquel momento se había mantenido diciendo, “Verdad es, mano”, ha entablado una discusión con él. Se han cruzado unos puñe-

tazos; se forma el tumulto. Alguno grita:

—Viene la ronda!

Y Ño Mundo embiste por entre el corro y huye más que de prisa. En un bache cae y se levanta para correr con más ímpetu. Siente que alguien viene detrás y aumenta la velocidad. Vuelve a caer y cuando los pasos se acercan Ño Mundo muge:

—Toy dao! Toy dao!

—Tata, si soy yo le dice la hija.

Ño Mundo se levanta jadeando.

—Güeno, pues; nos vamos. Yo creía que eran esos condenaos de la ronda. Nos vamos.

—No tata, si el río debe tar jondo.

—Hija, nos vamos. Esta noche no duermo yo en la cárcele asina me ajogue.

Y sigue adelante. La muchacha va a su zaga. Ño Mundo hace eses; grita con fuerza, grito montañero, y suelta ajos a cada tropezón. La luna menguante, como de oro despulido, alumbra débilmente el camino.

Cuando bajan al río, cobijado de árboles, adivinan por el ruido del agua que ha crecido.

La muchacha detiene al viejo por la camisa.

—Tata, no se eche. Ta jondo, le digo.

—Déjeme, que no ta jondo. No vengau steé con cosas ahora. Usté no sabe más que yo, y yo le digo que no está jondo.—

Forcejean y Ño Mundo se entra en el agua. La muchacha lo sigue, con determinación angustiosa de protegerle.

—Tata, sálgase. Vea que se ajoga.

—Echese usté. Venga, que no está jondo, he dicho!

La muchacha le obedece.

A poco avanzar el agua llega a la cintura del viejo.

Luego le sube hasta el pecho y tiene que sostenerse haciendo balancín con los brazos. De pronto le falsean los pies y se hunde. Saca la cabeza y contesta a la hija que le dice pesarosa mientras le ayuda a sostenerse:

—Tata.....

--No tenga miedo hija. Lo pasamos! Suélteme!

Adelanta de nuevo; no resiste la fuerza del agua y echa a nadar. Es hábil y va soslayando la corriente cuando oye la voz de la moza:

—Tata.....Me ajogo!

Pero Ño Mundo lleva demasiado aguardiente en la cabeza, y sin volverse contesta:

—No tenga miedo, hija! No se ajoga na! Eche pa lante!

Cuando llega a la orilla opuesta se agarra a unas ramas y sube al barranco. Luego se vuelve cara al río y dice:

—Hija! Aonde ta?

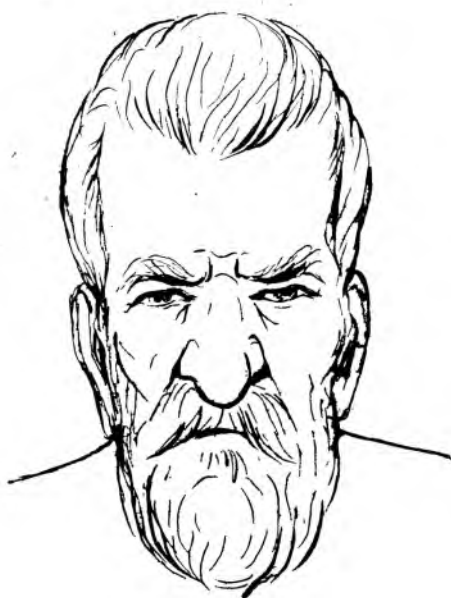
Nadie contesta.

—Hija!.... Liria! grita.

En la superficie del río hay un vago albor de espuma. La luna menguante, como de oro despulido, no da luz bajo los árboles que cobijan la corriente. Ño Mundo escucha con toda la agudeza del oído y solo oye el agua que murmuja, como si rezara...

* * *

Desde aquel día, desde aquella noche, Ño Mundo no ha vuelto al Pueblo ni ha chupado más.



*...un anciano de frente alta, cejas hirsutas y copiosa
barba...*



EL SEÑOR JUEZ

En la bruma blanca de mis primeros recuerdos se destaca la memoria de un anciano de frente alta, cejas hirsutas y copiosa barba, algo así como una interpretación de la figura del Padre Eterno, que desde su hamaca extendía la protección de su cuidado sobre mi inexperiencia de niño. Había perdido la visión de un ojo y en un accidente sufrió la fractura de una pierna. Con esto y el reumatismo y la carcoma de los años quedó reducido el hombre fuerte al estado de invalidez física en que le conocí. Un día al entrar en la habitación que ocupaba no lo encontré ya. Había un altar con velas, humeantes todavía y la muchacha que lo asistía tenía los ojos y la nariz enrojecidos.

Cuando joven había sido uno de los más gallardos y ágiles mozos del contorno. En el salto largo superaba a todos y por pasatiempo saltaba un caballo a pies juntillas. Buen nadador, buen jinete, habría sido en estos tiempos una estrella del deporte.

Fundó su hogar desde temprano y consagró respetuoso afecto a su esposa, como cabe a un buen señor lugareño, sin perder por ello cierta fama de travieso con que le aureolaba la imaginación popular. La verdad es que tenía muchos ahijados y algunos de éstos, díjase se le parecían: cosas de la gente.

Maduro ya y mientras iba en alguna diligencia por uno de los extensos llanos verdes que caracterizan al distrito, tropezó su cabalgadura y cayó, con tan mala fortuna que cogió debajo al jinete y le fracturó el fémur. Huyóse el caballo que era espantadizo dejando a nuestro hombre imposibilitado y lejos de todo socorro. El perro que le acompañaba, *Buen Amigo*, pareció sorprendido al principio del predicamento de su dueño; luego se acercó mostrando su simpatía con gemidos; pero al ver que éste, a pesar de sus esfuerzos, daba muestras de no poderse levantar, en un aparente acto de ingratitud tomó rumbo al pueblo dejándole sin otra compañía que el ganado esparcido por la sabana y los gallinazos que oteaban desde el azul.

Cuando los familiares notaron la conducta extraña de *Buen Amigo* que se había presentado solo, que iba y venía y ladraba como si quisiera expresar algo y que por último tomó de la falda a la señora de la casa tirando de ella hacia el patio, se alarmaron y relacionaron tal proceder con la ausencia del amo. Alborotóse el vecindario y varios hombres de buena voluntad siguieron al perro que sin vacilaciones los condujo al sitio donde se encontraba el herido, sediento y desesperanzado.

Siendo como era uno de los personajes salientes de la población, le tocó servir el cargo de Juez. No

tenía conocimiento de códigos ni de leyes escritas; pero sabía los Diez Mandamientos de la Ley de Dios y con esto y una gran dosis de pureza de corazón y de sentido común, pudo desempeñar el puesto con mayor garantía para la Justicia que la que pudiera ofrecer el más ilustre magistrado.

Corría una época de carestía y miseria originada, sobre todo, por una sequía que azotó la región, sin que ni las oraciones privadas, ni las públicas rogativas al Patrón consiguieran las lluvias oportunas. Tanta fué la necesidad, que se hizo en aquella época popular el guisado de mango. El de ciruelas ya gozaba de gran boga.

La invalidez causada por el accidente de que se ha hablado, que le privaba de otras actividades, y lo escaso del sueldo que sólo era de cinco pesos sencillos, sumado al malestar general, hacían que en casa del protagonista de este relato los cinturones se hubieran apretado por lo menos tres hoyos. Cuánta no sería y cuán grata la sorpresa del señor Juez al recibir la visita de un campesino que gozaba fama de rico, quien con muchas zalamerías, después de las cortesías preliminares, le entregó “un pollito, un ñamito, unas yuquitas y un puñado de arroz para que el señor Juez hiciera un sancochito”. El señor Juez le dió las gracias y llamó entusiasmado a su consorte, una mujercita blanca, de ojos de un azul profundo, sufrida, diligente y afectuosa, que a las del Juez unió sus palabras de encomio y gratitud por aquel bien llegado obsequio y se apresuró a poner la valiosa dádiva a buen recaudo.

Sinembargo, el señor Juez se quedó pensando, des-

pués del primer momento, en que era extraña una generosidad de éstas en un campesino con el cual no había cultivado amistad tan estrecha para esperar nada semejante. Y con esta preocupación comenzó a sondearlo. El campesino rascándose un pie con el dedo gordo del otro, con mucha marrullería y reticencias, expuso por fin que quería demandar a un vecino por cuestión de unos animales, o qué sé yo. Mientras hacía su exposición los ojos del señor Juez chispeaban y las mejillas se le encendían. Luego, sin poder aguntarse más llamó a su señora: — ¡Carmen! Traiga aquí ese pollito, y esos ñamitos y ese puñado de arroz y devuélvase los enseguida a este señor. Y dirigiéndose a éste, le dijo.—¡Atrevido! Yo voy a acoger su demanda; pero antes voy a castigarlo por conato de soborno.

Y ante la protesta de la niña Carmen, la mujercita blanca de ojos azules, que llamó aparte al señor Juez antes de devolver las cosas para anunciarle: primero, que el pollo había pasado a mejor vida y estaba medio pelado; que el arroz estaba en la olla y que, finalmente, no había nada más que comer, el señor Juez devolvió el pollo muerto al hombre, y los ñamitos, y lo obligó a recibir un real por el arroz, y con ellos lo acompañó a la cárcel donde hizo que el Comisario lo metiera en el cepo.

Al día siguiente hizo venir al demandado, solicitó testigos, y resolvió la demanda, ¡asómbrense ustedes!, en favor del sujeto a quien había hecho encarcelar, porque encontró que tenía razón.

Este Juez, este Quijote, fué mi bisabuelo. Se llamaba José Dolores Carrizo.



EL FANTASMA

Pocos sujetos he conocido de tan arrogante presencia y tan afortunado en amoríos como mi amigo Eduardo.

Sinembargo, nunca pudo inclinar a su querer a una mujercita del pueblo que por aquel entonces representaba en el nuestro el papel que, según las novelas francesas de fin de siglo, tenían en el París galante las *cocottes* de moda.

Esta mujercita, mestiza de indio, con unos ojos de ligero estrabismo picaresco, con una sonrisa traviesa y un cuerpo menudo y garboso, poseía en grado superlativo el dón de feminidad que Elinor Glin, no sabiendo como llamarlo, calificó de “*it*”. Su nombre era Chila.

Y con Chila había agotado mi amigo todos sus recursos de don Juan de aldea; piropos, galanteos, ofertas, y hasta flores y serenatas, como si se tratara de una de las señoritas que sólo salen de sus casas camino de la iglesia, tras largo y perseverante cortejo.

Según me contaba Eduardo, desconcertado, al principio le había tratado con desdén; luego pareció dejarse ablandar, y, cuando todo parecía indicarle que estaba madurita y desgajándose, se tornó bruscamente esquiva; y tan decididamente rechazó su asedio, que dejó de perseguirla.

¿Por qué aquella muchacha que no había regateado a otros sus favores no se rindió al prestigio social, a la linda voz a los ofrecimientos y obsequios de mi amigo? Misterio de mujer, que ni Eduardo, mohino en su derrota, ni yo, hemos podido nunca penetrar.

Chila tenía su rancho en el llano. Y era su rancho un espejo de limpieza y de humilde decoro. Frente a la entrada había unos mirtos y unas parras de jazmín; en el patio unos naranjos esponjados y umbrosos.

Cuando alguno o algunos de sus amigos querían escaparse a la rutina y festejar la velada con un sancucho, Chila, complaciente, se prestaba a arreglarlo todo. Y, bajo los naranjos, en verano, o en el rancho acogedor y aromado en el invierno, se congregaban para el ágape modesto y casi primitivo los invitados, que en aquel ambiente encontraban el doble deleite de la libertad de toda ceremonia y de la compañía regocijada de los amigos y de aquella mujercita, arisca unas veces, risueña otras, pero siempre atractiva, que con su juventud, su gracia y su gallardía, ejercía sobre todos el efecto de un bebedizo.

Una noche, a raíz del descalabro amoroso de Eduardo, nos habíamos reunido allí el grupo más bullanguero y decidido de pequeños aventureros de pueblo. Mi amigo, obligado por nuestras reiteradas invitaciones, estaba también.

Para que el holgorio fuese más saporido, las gallinas del sancocho habían sido robadas. Alguen había llevado una botella de whisky, y con esto y lo demás, el entusiasmo fué grande. Los platos fueron recibidos con vivas a Chila. Se reía a carcajadas y se sazonaba las conversaciones con juegos de palabras y picantes insinuaciones que Chila contestaba con graciosas repuchetas.

Observaba yo en medio de todo el retraimiento de Eduardo y la locuacidad de los otros, que hacían gala de ingenio y donaire, tratando de superarse a los ojos de Chila, y la discreción de princesa con que ella otorgaba, con una mirada, con una palabra, con una sonrisa, el galardón debido a aquel homenaje indirecto de sus cortesanos, satisfaciendo a todos, y manteniendo la cordialidad y la alegría.

Cuando pasada la euforia del licor y la fiesta, comenzaron a desertar algunos, era bastante tarde. La noche era densa y la hora de silencio y reposo. Le observamos en un momento en que la conversación había cesado. Después, sin saber por qué, bajamos la voz al hablar, y, naturalmente, se trajeron a cuento todos los relatos de espantos y visiones que hacen pasar un escalofrío de terror y misterio por las almas sencillas de nuestras gentes.

Entonces habló Eduardo. Chila estaba recostada contra un horcón, con los ojos entornados, y mien-

tras hablaba mi amigo, los abrió y pareció tomar interés creciente en el relato, apesar de haber expresado antes su desagrado por estos cuentos. ¿Qué se creían? ¿A ella le daban miedo esas cosas?; y cuando se fueran, se quedaba solita. Sí señor; aunque creyeran otra cosa los mal pensados.

—No hacía mucho tiempo de aquello, decía Eduardo. Fué en la noche del Martes de Carnaval, después del baile. Ya había comenzado la Cuaresma y todo estaba en silencio. El volvía de acompañar a su casa a la última pareja y al llegar al callejón de El Tamarindo vió una mujer que venía por éste hacia la plaza. La luna estaba a punto de ponerse, pero a su luz podía distinguirse que llevaba pollera, muchas flores de tembleque en la cabeza y peinetas de oro, cuyo reflejo percibía de vez en cuando. Se detuvo curioso a esperarla, pero la mujer, tras leve vacilación, se volvió y siguió callejón abajo. Entonces la persiguió. Fuera ya del pueblo y camino del río, comenzó a llamarla. ¿No quería que la acompañara? ¿Por qué iba tan solita? Que lo aguardara un momento. Pero ella no hacía caso, y aunque él apresuraba el paso, no parecía ganar ventaja. Entonces trotó detrás de ella, riéndose del chasco que se llevaría si resultaba una vieja. Pero no; no podía ser. Aquel andar vivo y airoso no podía ser sino de una mujer joven; y hasta le había perecido... Levantó los ojos, miró a Chila largamente, y continuó: A pesar de que el trote se convirtió en carrera, no parecía acercarse a la mujer. Ya un poco cansado se detuvo, y como si se burlara de él, también se detuvo ella. Corrió y la mujer también. Y cosa extraña, por más esfuerzos que hacía, la distancia entre ambos era siem-

pre la misma, A todas éstas la luna se había ocultado y los guabos y harinos del sendero le oscurecían hasta tal punto, que cuando llegó a la Cruz, a donde decían que unas mujeres de fama de brujas venían a rezar a media noche para pedir venganza de un agravio, la que él perseguía era ya sólo a sus ojos como una sombra blanca, como una vedija de niebla que flotara a ras del suelo arrastrada por la brisa.

Entonces se detuvo. El silencio era, como en este momento, absoluto. El lugar, el mismo silencio, aquel no poder alcanzar una mujer a pesar de sus excelentes piernas; la oscuridad, el furtivo estremecimiento de las malezas vecinas, le sobresaltaron. ¿No sería aquello cosa del demonio? Y sintió que se le erizaban los vellos. Pero aún siguió avanzando. La sombra procedió adelante de él. Entonces gritó, amenazó sin resultado a aquel sér fantástico, y rendido de la carrera desistió por fin.



Pero lo grave fué que cuando se volvía, al mirar hacia atrás, vió que la mujer, la sombra, lo que fuera, venía ahora en su seguimiento. Aceleró el paso, es-

tremecido y con el corazón en un puño, como dicen, y le pareció oír un murmullo como de risa ahogada. Aumentó su miedo y soltando el freno de su orgullo, corrió entonces. Y su carrera fué más precipitada aún cuando después de haber tropezado, caído y levantado de nuevo, le pareció oír cerca ya y a sus espaldas el fru fru de las polleras y el siseo de su perseguidora. Corrió desaladamente, y jadeante, despavorido, y fuera casi de sí. Llegó al fin al rancho de su compadre Eustasio q' despertó alarmado, y al testimonio de él recurría, para q' dijera si era verdad o no, que entre los ladridos de los perros súbitamente alborotados habían oído una voz ahogada y ronca que decía: "Eduardo; puedes agradecer que te has encerrado"!

En medio del suspenso en que nos había dejado mi amigo, el tono de cuya voz traducía sus emociones hasta contagiarnos de su terror, ví que Chila echaba sobre él una mirada de injuria y oí que por lo bajo murmuraba una palabra enfática del léxico del pueblo; algo que termina en ejo. Después soltó una carcajada hiriente, sonora, de inflexiones despectivas. Luego compuso el semblante y dirigiéndose a mi amigo le dijo:

—Dispense, Eduardo. Me reía pensando en la cara que pondría Ud. si . . . Bueno . . . Ya es tarde. Es hora de dormir. ¡Buenas noches!

Y llevando en alto la linterna nos acompañó hasta la puerta.



ÑO LUCAS, EL CURANDERO

El campesino que me acompañaba, acercando su caballo al mío mientras íbamos camino de un caserio, yo a asistir a un enfermo. y él como guía, me preguntó con maliciosos ojos observando mi despoblada cabeza mientras me secaba el sudor.

—Dotor: Usté no tiene trato con la Muerte?

Me eché a reír y le dije que por qué me preguntaba.

—No; es que dicen que usté es muy acertao, y si dice “se muere”, se muere el enfermo; y si dice “se cura”, se cura. Y yo estaba pensando si no habría jecho usté como ño Luca, el curandero.

—¿Y qué hizo ño Lucas, el curandero?, le pregunté curioso.

—Ahí verá usted.—Ya jace muchos años y esto me lo contó mi agüela, que ño Luca vivía en Guarumal, un campo de la Costa. Ño Luca era muy probecito. Tenía mujer y muchos hijos. El año era de sequía; el hombre estaba de malas, y no tenía qué comer. Entonces ño Luca desesperao, se fué a un claro del monte, y comenzó a ñamar la Muerte. Y a los tres ñamíos, se le presentó la Muerte, y ño Luca, viéndole las cuencas y las costillas pelás, y las manos tan largas, le dentro temblor y comenzó a sudar frío y a especársele el cuerpo.

—Aquí estoy, dijo la Muerte.—

—Y ño Luca no podía decirle na, porque los dientes le tranqueteaban como si le estuviera entrando calentura. Y la Muerte parecía reirse de verlo tan asustao.

Al fin ño Luca hizo “tripas de corazón”, como dicen, y le dijo:

—Pos yo la ñamaba pa decirle que quiero hacerla mi comadre. Ahí tenemos un muchachito moro, y quiero cristianarlo y que usted sea la madrina.—

—Está bien, dijo la Muerte. Yo seré la madrina.—

Ño Luca se sintió con ánimo y le dijo a la Muerte:

—Le digo, comadre, que es que la cosa está mal. Con esta sequía el arroz se ha seco, el maíz está perdido; no hay qué comer, y tanto muchacho, señor!... Hágame el bien de ayudarme, comadre.—

—Güeno, dijo la Muerte. Le voy a ayudar, comadre. Métase a curandero; si usted ve que estoy pal lao de los pies, échele menjunjes al enfermo, que se sana con siguridá; pero si me ve pal lao de la cabece-

ra, mande a buscar al Padre Cura pa que lo olée, porque se muere. Como ninguno otro me ve sino usté, naides sabrá y usted cría fama y gana plata pa salir de la ruina.

Y así jué, señor. Ño Lucas crió fama de curandero, y en Guarumal, y en Filipinas, y hasta en el mismo pueblo en toa la Costa, ño Luca era el hombre. Decía ño Luca: se muere, y se moría el enfermo; decía ño Luca: se cura, y se curaba. Y era que veía la muerte, y si estaba pa los pies, ño Luca sabía que con oraciones, y cocimientos, y emplastos, se ponía güeno. Y si la veía a la cabecera, ya sabía que su comadre, la Muerte, lo necesitaba y ño Luca decía que ñamaran al padre cura.

Un día se enfermó ño Prao Avecilla, el hombre más rico de Filipinas, y ñamaron a ño Lucas. La mujer de ño Prao y el hijo más grande, lo esperaban afuera de la casa, y le dijeron:

—Ño Luca, usté cure el hombre, y pida; que hay con qué pagarle; y si usté lo cura y pide manque sean ocho cientos o nueve cientos pesos juertes, también se los pagamos. Y ño Luca, pensando en aquella ocasión única, deseaba ver de qué lao estaría su comadre la Muerte, y estaba rogando que estuviera pa los pies. Pero apenas había entrao, cuando vió a su comadre muy arreglá a la cabecera de ño Prao.

Ño Luca se jizo el desentendio y se quedó pensando, pensando ;después le dijo a la mujer de ño Prao: El hombre está malo; está de muerte; pero yo voy a ver si puedo salvarlo. Necesito cuatro hombres.

Y la mujer de ño Prao consiguió los cuatro hom-

bres; y ño Luca al volver al cuarto dijo que estaba encandilao, o que estaba cegato, que no veía bien. Que se pusieran los cuatro hombres uno en cada esquina de la cama, y que le pusieran la cama al contrario de como estaba, y la pusieron, y la Muerte quedó pa el lao de los pies; pero apenas se dió cuenta, se volvió a poner a la cabecera, y ño Lucas sin mirarla, dijo que pusieran la cama como estaba antes; y la Muerte se encontró otra vez del lao de los pies. Volvió a ocupar su puesto en la cabecera, y ño Luca hizo que le dieran vuelta a la cama; pa que su comadre quedara del lao de los pies, y mientras más pronto se ponía la Muerte a la cabecera, más pronto le daban vuelta a la cama. Naturalmente la Muerte tenía que sancajiar mucho, y hasta que le traqueteaban las caderas con el ejercicio que su compadre le imponía, hasta que por mico de desbaratarse en el brincoteo, se dió por vencida y se jué. Y ño Prao Avecilla se curó y ño Luca recibió los nueve cientos de pesos juertes, y se jué pa su casa.

Pero ño Luca sabía que lo que había jecho con su comadre no estaba bien jecho, y aunque no estaba en el trato el no darle vuelta a la cama de los enfermos, ño Luca sabía que su comadre estaría sentida.

La mujer de ño Luca que lo veía tristón le preguntó que le pasaba, y ño Luca le contó como había curao a ño Prao Avecilla y el miedo que tenía de verse otra vez con la comadre.

En esto oyeron el traqueteo de huesos fuera del rancho, y ño Luca, que no tenía pelos en la cabeza porque ya estaba viejo, se metió detrás de la puerta; se

tapó con un saco de jenequén, y apenas le quedó el coco ajuera.

La Muerte entró y preguntó por el ahijao y toa la familia y después le dijo a la mujer de ño Luca:

—Comadre, mi compadre Luca me tiene muy sentia y vengo a llevármelo.

—¡Ay, no comadre, como va a ser eso! dijo la mujer.

—Sí, comadre. Me quitó a ño Prao, y me lo llevo a él. ¿Aonde está?

—¡Ay, comadre, no haga eso! Luca se jué ya jace rato, y no ha güerto todavía.

Pero la Muerte lo vido acurrucao detrás de la puerta, pero disimuló, y dijo:

—Bueno, pues, comadre; como no está aquí mi compadre, me llevaré a este cabecipelao, y se llevó a ño Luca.

BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1—VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. JUSTO AROSEMENA, por J. D. Moscote.
- 2—PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO, por Octavio Méndez Pereira.
- 3—INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO, por Enrique Ruiz Vernacci. y cuentos de Salomón Ponce Aguilera, Darío Herrera y Ricardo Miró.
- 4—"TODO UN CONFLICTO DE SANGRE". "A la Orilla de las Estatuas maduras", dos cuentos de Rogelio Sinán.
- 5—SIETE CUENTOS MEXICANOS, Selección y Nota Preliminar por Manuel Maples Arce.
- 6—EL CIEGO DEL BULABA Novela corta inédita por Alfredo Cantón.
- 7—LA CERCA DE PIÑUELAS, Novela corta inédita por Julio B. Sosa.
- 8—PANAMA ES UNA TACITA DE ORO, novela corta inédita por Fito Aguilera.
- 9—TRES CUENTOS, por José María Sánchez B.
- 10—LEYENDA E HISTORIA, por Ernesto J. Castillero R.
- 11—VIERNES SANTO BAUTISTA Y OTROS CUENTOS, por Juan O. Díaz Lewis.
- 12—CUENTOS DE NAVIDAD, por José A. Cajal Escala.

RADIO MIRAMAR

- Buenos
programas
- Música
selecta



S I N T O N I C E L A

630 kilociclos

Onda Corta

750 kilociclos

Onda Larga

Los cuentos publicados en Biblioteca Selecta serán
leídos a través de nuestros micrófonos de 10.15 a
10.30 p.m., todos los días, menos los domingos.

SUSCRIBASE
a la
BIBLIOTECA

SELECTA

PRECIO B/1.50
AL AÑO

envíe su vale postal
al apartado 3181

MUEBLERIA

TUÑON

Ave. Central y Calle 13
(Edificio San Roque)

Muebles Cómodos y
elegantes a precios
especiales

COMPRE SUS
MUEBLES
CON TIEMPO

Aproveche nuestros
precios especiales

Nada ayuda más al trabajo intelectual que una
atmósfera pura y fresca en un espacio alejado
del ruido de la calle y de la casa.

Podemos brindarle una atmósfera tal mediante
una instalación de AIRE ACONDICIONADO.

C A R R I E R
en su recámara o en su oficina

Compañía Climatizadora

Tel. 1973 • Panamá



IMPRENTA DE LA ACADEMIA
IMPRESIONES — ALTO RELIEVE
PROCESO DE LITOGRAFIA
RAYADO — ENCUADERNACIONES
Calle Juan B. Sosa, No. 8 Panamá, R. de P.

L E A

"Mundo Gráfico"

TODOS LOS SABADOS

Catorce años al servicio de la comunidad
forman su mejor crédito

MUNDO GRAFICO, S. A.

Aparta 912 Panamá, R. P

FARMACIA SELECTA

Magnífico surtido de medicinas de patente

PERFUMES
COSMETICOS
PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

GUAYABERAS

Agetro
EL BUEN VECINO S.A.

LAS MEJORES
DAN ELEGANCIA
SON PANAMEÑAS

LECHE MARCA
'AMEGLIO'
HELADOS
'SUAVEL'
Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.
Calle Juan B. Sosa No. 5
Tel. 2066
PANAMA, R. P.

Angelini
Teléfonos 887—1687 Avenida Central 179
COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

Mueblería La Tropical

**Muebles Finos al Contado y a
Plazos por el Sistema de Clubs.**

Avenida "A" y Calle 18 "Q" • Teléfono 1247_J

Propietario: FERNANDO J. PEREZ

FARMACIA SOSA

Plaza Arango No. 1

TEL. 1984 • PANAMA



Carreras de Caballos

GANADOR • ONE-TWO

QUINIELAS • DUPLETAS

**Gane dinero y goce de un
Soberbio Espectáculo**

todos los

SABADOS Y DOMINGOS

en el

Hipódromo de Juan Franco



La Super Cola
Canada Dry

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad
de la República se sostienen con el producto de
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS
LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO
ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES"

No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados
comprando únicamente billetes de la LOTERIA
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS
EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.